

MARUJA

Manuel Barrero

DEDICATORIA

A mi amada madre, donde quiera que estés, a tí te debo todo en la vida, lo que fui, lo que soy y quién seré, todos los días de mi vida pienso en tí y doy gracias a Dios por otorgarme el inmenso honor de ser tu hijo.

A mi adorada esposa Jholett por su amor, su paciencia y por apoyar siempre todos mis proyectos, a mis hijas Karen y Sasha por ser tan maravillosas, esperando que esta obra les sirva de mucha inspiración en sus vidas.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Todos los días de nuestras vidas, debemos agradecer a Dios, primero por habernos bendecido con ese gran regalo que es la vida, luego por todo lo que tenemos, lo que no tenemos, lo que disfrutamos y también los obstáculos, ellos nos enseñan a superarnos y nos fortalecen.

A mi hija Karen Barrero, quien lleva consigo desde temprana edad, la pasión por el diseño y una gran admiración por su abuela MARUJA, ella nunca llegó a conocerla, pero esto forma parte de esos grandes misterios de la vida, MARUJA siempre soñó con tener una nieta a quien enseñar su arte y conocimientos, varias décadas después, su nieta, sin ninguna influencia nuestra, cambió los juguetes comunes de cualquier niña, como pudieron ser las muñecas, por telas, dibujos de vestidos y ahora a penas a sus quince años, su primera máquina de coser, sin dudas, Karen ha sido mi mayor estímulo para escribir esta novela, a ella se la dedico muy especialmente esperando que alcance sus sueños así como lo hizo su abuela, sus dibujos están incluidos en esta obra.

PRÓLOGO

La presente novela relata la vida de una mujer real, de carne y hueso, es la historia de Maruja, una mujer madrileña que nace en 1931, una época llena de conflictos por la Guerra Civil Española, comienza llena de dificultades, en un hogar bien constituido, con mucho amor y sólidos valores, pero muy pocos recursos económicos. Pronto se da cuenta que sueña con un futuro distinto, triunfante y escoge para lograrlo aquello que le enseñó su madre con tanto amor, la costura y el diseño.

Maruja es el reflejo de muchas mujeres, que desde niñas crecen pensando en formar una familia, traer al mundo a sus hijos y darles a ellos un futuro mejor del que ellas tuvieron, su transcurrir estuvo lleno de vicisitudes que nos enseñan el valor de la esperanza, la fe y la constancia, fue una mujer muy valiente que no se aplacó o derrumbó ante los grandes problemas que debió superar.

En esta novela podrás meditar sobre la vida, el amor, la relación de pareja, el valor de la familia y la felicidad personal, esto último, más allá de un simple concepto o ideal difícil de alcanzar, es posible que ya lo tengas a tu lado y no te des cuenta.

Venimos al mundo desde el vientre de una mujer, ella, tal como la vida, la tierra y tantas cosas, nos sumergen en el plano de lo femenino, esta obra se la dedico a todas las mujeres y para que su historia personal les sirva de ejemplo de superación.

EL AUTOR

Madrid años 30's

Nació en un hogar muy humilde y en una época muy difícil, la Guerra “oficialmente” había terminado, sin embargo, aún vivían muchas de sus calamidades, las dificultades para conseguir comida por la falta de abastecimiento, la ciudad destruida por los efectos de las bombas, los disparos de las armas, las explosiones y lo más extraño, su padre, un desconocido que llegó después de acabar la guerra.

Su madre le dijo que ese señor, quien entró a la casa ayer, es su papá, su presencia le da miedo, se ve raro, tosco, muy delgado, quizás como todas las personas por Madrid, si no se come bien, no se puede engordar, ese señor además habla poco, duerme mucho, parece que nunca había dormido y estuviese recuperando todo el tiempo que perdió sin dormir.

Su hermana Ana si lo recuerda, ella estaba más grande cuando dicen que él se fue de la casa al comienzo de la guerra, su madre le dice que él no pudo regresar, que no había paso para la ciudad, eso es extraño, los soldados con sus armas si llegaron.

Pronto debió ir a la escuela, sólo estaban esperando que arreglen las cosas en ella, antes practicaba leer y escribir en la casa, en el metro y en otros sitios donde estaba el maestro o la maestra, la escuela debe ser diferente, su madre le dice que allí hay otros chavales, que van a aprender muchas cosas útiles y además podrán jugar y conocer a otros niños.

A Maruja lo que más le gusta es ver a su mamá cosiendo, ella le arregla la ropa a sus vecinas y amigas, ella quiere aprender a coser y hacerse sus vestidos, mientras, hace unos dibujos muy chulos, con faldas largas, mangas ajustadas, así como los deben usar las

princesas, la gente por esos lados de la ciudad se viste muy sencillo, quizás por ser humildes o quizás porque acaba de terminar la guerra y no deben tener mucha ropa.

La escuela está en construcción.

-¡Maruja! apúrate que llegaras tarde el primer día de escuela
-le dijo su madre Beatriz.

-Si mamá, ya voy, necesito un vestido.

-Que maniática eres niña, vas a la escuela, no vamos de fiesta ni de visita -le insistió Beatriz, tratando de apurarla.

-No quiero ponerme ese -señalando un vestido sobre su cama- yo quiero el azul.

-Pues ven, vamos a ponerte el azul para que dejes el tema.

La escuela se encuentra cerca, en el mismo barrio, la guerra civil la dejó prácticamente destruida, dentro de ella se alojaban combatientes, una vez que concluye la toma de Madrid por el ejército y las instalaciones son desalojadas, ya no quedaba casi nada en su interior, pasaron unos meses mientras los vecinos se ponían de acuerdo colaborando en su restauración, luego de eso la gran tarea fue conseguir maestros.

-Anda camina rápido, tengo que llevarte a la escuela, te dejo allí y sigo para el mercado a ver qué consigo -dijo Beatriz.

-¡Mamá! Maruja me está tirando de la falda -gritó Ana.

-Cállate, yo no estoy haciendo nada -le reclamó Maruja.

-Te voy a dar -dijo Ana amenazando con la mano a su hermana.

-Pues toma -le dijo Maruja dándole una cachetada- a ver si te sigues metiendo conmigo.

-¡Niñas! A las dos les voy a dar yo, me tiene harta que se la pasen peleando, ustedes son hermanas -les reclamó Beatriz.

-Ella comenzó -dijo Ana sollozando.

-¡Cállense! Ya vamos llegando y ustedes van a entrar a la escuela con este lío, debería darles vergüenza, tú Ana, te quedas en este salón, ya sabes, a la salida estoy aquí buscándolas, no se

te ocurra salir de la escuela con nadie, Maruja, vamos a tu salón.

Los republicanos, las milicias, los socialistas o comunistas, como se quiera llamar a quienes simpatizaron con la Segunda Republica Española o seguramente los más radicales de ellos, además de quemar conventos y cometer otras atrocidades, en Madrid quemaron libros, los pocos textos que sobrevivieron eran un tesoro. ¿Por qué hay personas que queman libros?, ¿Qué se logra con eso y quien se beneficia de eso?, en un breve análisis, podríamos decir que se quiere acabar con la historia, con el pasado, con algún conocimiento y evitar que otras personas logren aumentar su capital intelectual, si nos ponemos a reflexionar sobre eso, podemos llegar a concluir que quemando libros (nada más abominable), quien o quienes realizan dicha acción, tratan de evitar que otras personas los superen en conocimientos, que esas otras personas se superen intelectualmente y finalmente, dominarlos por su ignorancia.

España después de la guerra, vivía una gran depresión económica, las personas debían ingeniarse de varias formas para lograr obtener recursos, así, mientras los hombres estaban trabajando en las fabricas, en la construcción de viviendas, edificios, recuperando calles, carreteras y muchas otras cosas más, sus valientes mujeres no se quedaban tranquilas las casas, ellas además de atender, criar y educar a los niños, hacían otros trabajos, elaboraban prendas de vestir, hacían arreglos de vestidos, cocinaban por encargo, elaboraban manualidades, cortinas, cojines y otras trabajaban medio turno en alguna fabrica de la localidad, una nación podemos decir sin equivocarnos, se levanta con el esfuerzo de sus mujeres y España no es la excepción.

-Buen día doña Amalia –saludó Beatriz a una de las vecinas y dueña de la mercería.

-¡Hola! ¿Como están tú y las niñas? –le preguntó Amalia.

-En la escuela, hoy comenzaron las clases.

-¡Claro! Eso es muy bueno, ya decía yo que era extraño verte sin ellas.

-Tú sabes que no tengo quien me las cuide, desde que se murió mi hermana, prácticamente me quede sola, mi esposo anda en su trabajo y a veces viene los fines de semana.

-Así ando yo, Paco anda para Galicia, por allá le salió un trabajo y tú sabes cómo están las cosas, hay que moverse e ir donde está el empleo o no comemos –le comentó Amalia.

-Es cierto, no podemos hacer otra cosa.

-¿Supiste lo de Alfonsina?

-¡No! ¿Qué le ocurrió? –preguntó Beatriz algo extrañada por el comentario.

-Si recuerdas, ella se había divorciado cuando estaban mandando los republicanos, cuando aprobaron el divorcio, eso fue tremendo lío, la familia de ella le quito el habla, creo que hasta los vecinos, sabes que la gente es muy odiosa y se creen más que los demás, sobre todo si tienen dos pesetas más que tu, en fin, luego viene Franco y echan atrás todo eso.

-¡Yo sé!, ese lío lo tuvimos en el edificio también con la del segundo piso –le dijo Beatriz.

-El bruto del marido llegó borracho, echó la puerta abajo porque no le querían abrir y entró diciendo que esa era su casa, allí se armo la de padre y señor nuestro, una batalla campal, cuando el marido de una de las vecinas entró, ya la estaba asfixiando con sus manos apretándole el cuello.

-¡Dios mío! ¿Cuando se acabará la violencia en los hogares?

-Creo que nunca –le respondió Ana- cuando son novios, son una maravilla, llegan a tu casa bien bañados, bien vestidos, hablan bonito, pero después que se casan, hay los que se transforman, llegan tarde, beben, no se bañan y andan cochinos, no son galantes y hasta te ponen los cuernos.

-Cada quien sabe lo que se busca, eso hay que pensarlo antes de casarse.

-Eso es una lotería, lo que nos hace falta son leyes que nos protejan, hay mujeres que son mártires en vida, viven llevando golpes, maltratos y vejaciones, no merecen vivir con miedo en sus propios hogares –dijo Amalia.

-El matrimonio es la base de la familia, hay que saberlo llevar, para seguir queriéndose hay que conversar mucho, ceder, acordar, tener paciencia y ser responsables con los hijos – enfatizó Beatriz.

-Sí, definitivamente paciencia, te casas con un extraño que no se crió contigo y sin saber que mañas trae, te vas a vivir con él para toda la vida, algún día deberían permitir que vivas al menos un año con esa persona para conocerla primero –dijo Amalia con picardía.

-¡Calla mujer! eso es pecado –le dijo Beatriz.

-Sí, es pecado, pero más pecado es terminar viviendo con una bestia que te maltrate.

-A ver, a lo que vine, dame un hilo blanco, uno negro y unas agujas.

En la escuela transcurría el primer día de colegio para Maruja, siempre esa primera oportunidad está cargada de muchas ansiedades, conocer a la maestra, saber si es simpática, bondadosa, estricta, para todo niño es un gran impacto de pronto tener frente a sí, una nueva figura de autoridad, normalmente aquello de “no hagas esto, no hagas lo otro”, es cosa de los padres y algunos familiares cercanos, con lo cual, se siente muy extraño que un adulto desconocido comience a ponerte en cintura, en este punto, hay niños que se deprimen, echan de menos a sus padres, necesitan sus juguetes, su cuarto e incluso lo más difícil es lo más sencillo, ir al baño.

Luego viene el contacto con los demás compañeros del salón de clases, allí ocurre de todo, el que es tremendo, que quiere estar corriendo todo el día por el salón, la que es llorona porque le hace falta su mamá, el niño violento y agresivo que desde temprana edad quiere imponerse sobre los demás por los golpes, los juguetones, los que no paran de hablar, aquel gordito que le metieron en su bolso para la escuela un sándwich de tortilla o quizás algo mas fuerte con chorizo, el que nunca lleva comida pero que siempre tiene hambre y le pide a los demás, el que se apropia de los lápices ajenos, la niña que se orina en su pupitre, definitivamente, llegando al salón, te consigues con una muestra de la vida y la sociedad que te rodea, muchas veces los niños son reflejos de sus padres y sus personalidades, de aquellos hogares donde hay amor, donde hay problemas, donde siempre están trabajando y nunca juegan con ellos o no les prestan atención.

En ese grupo heterogéneo de niños, apareció Clementina, una niña muy bella, de cabellos largos y ondulados, con dos moños agarrados en sus cabellos y sendos lazos rojos decorándolos, simpática, de sonrisa amplia, cariñosa, de voz muy dulce, estaba sentada al lado de Maruja, con su libreta abierta, sus lápices a un lado y haciendo rayas sobre el papel, ocasionalmente volteaba para mirarla y le regalaba una gran sonrisa, incluso le ofreció prestarle uno de sus colores, allí nacería una amistad que marcaría la vida de Maruja.

-¡Hola!, me llamo Clementina –le dijo con voz suave y serena a Maruja- mi mamá se llama Victoria.

-¡Hola! Yo me llamo Maruja y mi mamá se llama Beatriz, hace unas tortas muy sabrosas.

-Mi mamá cocina muy sabroso también –acotó Clementina.

En la misma escuela se encontraba María Juana Rondón, contemporánea en edad con Maruja y muy distinta en ciertos aspectos, era la hija de Juan Antonio Rondón y María de las Nieves Tello, ambos descendientes de asturianos que migraron a la capital después de la Guerra Civil Española.

María Juana o “Juanita” como solían llamarla en su casa familiares y amigos, se crió con muchas limitaciones por la guerra, era una niña introvertida, de difícil sonrisa, algo tímida, rayando en lo triste, su hermoso rostro dejaba ver en muchas ocasiones cierta tristeza, quizás por los duros momentos vividos en sus primeros años o tal vez por las condiciones en su hogar, su padre Juan Antonio se crió en Asturias, hijo de una familia bien acomodada, creció sin muchas limitaciones, al igual que su esposa, María de las Nieves, ambos se conocieron por esos remotos parajes y después de casarse se mudaron a Madrid, quedando atrapados en la ciudad mientras duró la contienda bélica.

Durante la guerra todos sufrieron por igual sus calamidades, la ciudad de Madrid fue asediada, la escasez de alimentos tocó a todos por igual, las bombas y los disparos de fusil no distinguen

entre ricos y pobres, el dinero no compra la vida ni la paz, razón por la cual Juanita debió pasar muchas tardes escondida en el subterráneo con su familia para protegerse, allí, ricos y pobres sufrieron juntos, muchos entendieron las lecciones que da la vida pero a otros no les sirvió de nada.

-No quiero ir más para esa escuela –le dijo Juanita a su madre al regresar a la casa.

-¿Por qué dices esas cosas?, a penas llevas unos días asistiendo –le preguntó Nieves.

-No me gusta estarme codeando con gentuza, van muchas niñas ordinarias.

-Sabes bien que fue una decisión de tu padre –le aclaró Nieves.

-La niña necesita conocer la vida como realmente se presenta –intervino Juan, quien se encontraba en la sala fumando su pipa- algún día me lo agradecerá.

-La niña tiene razón en lo que dice –le refutó Nieves-, a pesar de su inocencia ella se da cuenta de que pertenecemos a otra clase social, ¿Qué puede ganar relacionándose con hijos de obreros?

-Quizás gane algo de humanidad, cuestión que le será muy útil cuando viva rodeada de ellos.

Comenzando nuevamente.

La compañía del ferrocarril se encontraba casi en las ruinas, se requería arreglar las vías del tren, recuperar locomotoras, remodelar las estaciones y poner en funcionamiento algunas rutas que quedaron destrozadas por los efectos de la guerra y el abandono, además, muchos de sus trabajadores ya no estaban, la empresa estaba reclutando personas para ponerse de nuevo en marcha.

El dinero de la conserjería no alcanzaba para nada, la vida estaba muy cara, todo se gastaba en comida y dando gracias a Dios que nadie en la casa se enfermara, los trabajos por encargo de Beatriz tampoco dejaban mucho, ella tenía un corazón demasiado

bondadoso y en ocasiones no le cobraba a sus amigas o conocidas por coserles un vestido o sólo cobraba los materiales de alguna torta.

Era necesario que Valentín regresara a trabajar en algo a parte de sus deberes en el edificio, así que pensó en lo que estaba haciendo antes de la guerra, retomar su puesto de maquinista en el tren.

-Buenos días –saludó Valentín entrando a la oficina de ferrocarriles.

-Buen día, que se le ofrece –le respondió en tono seco uno de los empleados.

-Vengo a buscar empleo, yo trabajaba aquí antes de la guerra, soy maquinista.

-Dígame su nombre a ver si lo consigo aquí en la lista de empleados antiguos.

-Valentín Ibáñez, yo trabajaba de maquinista en el expreso del norte.

-Bien, aquí lo tengo en la lista, usted dejó de trabajar con nosotros hace unos años, según esto –mirando la lista-empezando la guerra.

-Sí, así es.

-Espere sentado allí en frente –señalando unas sillas en el pasillo-, voy a pasar su caso al jefe de personal y él lo llamará en unos minutos, siéntese allí.

-Muchas gracias.

Pasaron unos minutos mientras lo llamaban, permanecía atento mientras fumaba un cigarro, un vicio que le quedó de sus días en el cuartel, aquellos turnos de servicio en las noches eran difíciles de sobrellevar sin un vaso bien cargado de café negro y un buen cigarro, allí sentado se acordó de Juanjo, aquel buen amigo del servicio militar, culpable de enseñarle a fumar y quien después la vida lo convirtió en familia, ya que la prima de Juanjo terminó siendo esposa de Valentín, Beatriz, él los presentó. También le salvó la vida en aquellos años duros de prisión durante la guerra ¿Qué será de su vida?, pensaba allí sentado.

La estación del tren lo llenaba de recuerdos, aquellos viajes de noche acompañado de Gerardo, su ayudante de maquinista, sus largas conversaciones, ¿Qué será de la vida de Gerardo?, ¡Pobre hombre!, ¿Lo habrán fusilado, estará vivo?, era un buen muchacho, algo atolondrado, cosas de jóvenes, la verdad que la Guerra dejó todo hecho un verdadero desastre, todo parecía que radicaba en comenzar de nuevo, estaba allí sentado esperando que lo llamen, con mucha ansiedad, ¡Necesitaba ese trabajo!, ¿Qué le dirían?, acaso recordarían o estaría anotado en alguna parte aquel episodio de la guerra.

-“Valentín Ibáñez” -se escuchó desde la oficina frente a él.

-¡Soy yo, aquí estoy!

-¡Pase!, por favor siéntese –le dijo aquel hombre de porte burocrático.

-Muchas gracias.

-Aquí tengo su ficha, a ver, usted trabajo con nosotros antes de la guerra, fue maquinista en el expreso del norte, vive en Madrid, casado... aquí hay otra cosa –le comentó observando cierta nota marginal en su expediente.

-Dígame.

-Según nuestros registros usted estaba en un tren que fue detenido por el ejército con un cargamento de armas para las milicias republicanas, ¿eso es cierto? –le preguntó mirándole fijamente a los ojos.

-Sí, es así, alguien monto esas armas en uno de los vagones de carga sin que los supervisores se dieran cuenta en el turno nocturno, yo llegué a la estación en la mañana y no me percaté de nada.

-Entiendo, según lo que me dice, usted no tuvo nada que ver con ese incidente –insistía en profundizar la respuesta de Valentín.

-Nada, a pesar de eso pase toda la guerra preso –comentó Valentín.

-Imagino que si ya salió, todo quedo aclarado.

-Sí, todo aclarado.

-¿Usted es republicano?, ¿socialista?, ¿comunista?

-Nunca me ha gustado la política, de esas cosas lo que

obtuve fue estar preso y dejar de ver a mi familia varios años, si me pregunta más, un terreno, como muchos otros campesinos, alguien se acordó de nosotros.

-Le voy a recomendar algo, trate de olvidar las cosas, olvídense de ese capítulo en su pasado, si va a trabajar aquí de nuevo, no le recomiendo que hable de política y mucho menos de comunismo.

-Mire, yo necesito el empleo, así será, no hablaremos de nada.

Después de la guerra, los roces políticos en la sociedad no desaparecieron, cada familia tenía un muerto en alguno de los dos bandos, algún desaparecido, algún preso, herido, mutilado, torturado o quizás, con mala suerte una combinación de varias de las opciones anteriores.

La educación en el hogar de los Ibáñez, era muy ortodoxa, casi feudal, Valentín se esforzaba porque las niñas tuviesen disciplina y orden, ellas por su parte parecían perros y gatos, esa es una edad en que las hermanas discuten y se pelean por todo, en realidad luchan por determinar su puesto y ascendencia dentro del grupo familiar, además de comenzar a formar su carácter.

La personalidad de Ana, su hermana mayor, era un tanto mezquina, difícil y poco condescendiente hacia Maruja, se llevaban sólo tres años de edad, quizás, los primeros años sola, fue muy mimada, consentida y recibió mucho afecto, lo cual cambió al llegar su hermana menor, eso suele pasar. Se le puede agregar un ligero sentimiento de culpa que sentía Valentín por no pasar los primeros años de vida al lado de su segunda hija y el impacto que tuvo aquel encuentro al regresar a casa después de la guerra.

Cierta noche en la casa de Clementina, la amiga de Maruja se encontraba tratando de conciliar el sueño, era una de esas noches de luna llena, por la ventana de su cuarto entraba la luz blanca y tenue, hacía calor, mucho calor, estaba en la cama casi sin arroparse y sudaba copiosamente, ya sus padres estaban

durmiendo, no se escuchaba ningún ruido, a lo lejos, muy suave, parecía escucharse un gato, ¿de alguna vecina?, ¿callejero?, la ventana estaba abierta.

-Debería cerrar la ventana –pensaba mientras la observaba-, si la dejo abierta se puede meter el gato, maúlla muy fuerte, debe ser callejero, salvaje, ¿y si entra y me muerde?, ¡uf!, que calor –le corrían gotas de sudor por la frente, por la espalda- si cierro la ventana me asfixio, ¡dios mío!, ayúdame.

El gato se escuchaba cada vez más cerca de su ventana, el animal se sentía inquieto, posiblemente otro animal lo asechaba, resoplaba, maullaba con sonidos largos y fuertes.

-Debe estar rabioso, debe ser enorme, casi un león, se escucha que es un animal muy agresivo, feroz, ¡voy a cerrar la ventana!

La muy asustada niña, se levantó de su cama lentamente, no quería despertar a alguno de sus padres, sobre todo a Eulogio, trabajaba muy duro, regresaba a la casa muy cansado y de mal humor, quizás por el poco descanso que lograba o por la impotencia de no lograr un trabajo o método de ganarse la vida que le permitiera tener más horas libres, él trabajaba desde las cinco de la mañana, hasta llegada la noche en una panadería.

La niña con pasos suaves y vacilantes, se acercó a la ventana para cerrarla.

-Voy a cerrar la ventana, esa fiera está muy cerca.

Cerró la ventana suavemente y se aseguró de colocarle el seguro para evitar que una ráfaga de viento la abriera, luego, lentamente regresó a su cama, la cabeza aún le daba vueltas, de repente, sintió que “algo” la estaba mirando, volteó y miró hacia la ventana... allí estaba, era él, el gato, su pelo era absolutamente negro, tan negro

como una sombra, sólo resaltaban sus enormes ojos verdes y brillantes, ella quedó paralizada, trataba de moverse pero no podía, hacia grandes esfuerzos por mover los brazos, miraba alrededor del cuarto, sólo veía las paredes en la oscuridad y la puerta se encontraba cerrada.

-¡Ya se! Tengo que gritar, gritaré muy fuerte para que se despierte mi padre o mi madre.

Pensando en eso, escuchó algo que producía un ruido escalofriante, volteó de nuevo hacia la ventana y pudo ver, que el gato, ese enorme gato negro, estaba pasando sus uñas por el vidrio y mientras lo hacía, abría sus fauces para enseñarle sus enormes colmillos.

-¡No puedo!, ¡No puedo!

Trataba de gritar, pero el miedo, el terror que sentía, además de paralizarla, le hizo un nudo en la garganta, casi no le pasaba el aire por ella, mucho menos podía gritar, al intentarlo, sólo conseguía que saliera de su boca aire sin fuerzas, estaba agotada, bañada en sudor, paralizada, aterrada, de pronto, todo acabo.

-Despierta niña, tienes que ir a la escuela –la despertó su madre Victoria.

-¡El gato!, –gritó sentándose en la cama y volteando hacia la ventana- ¿Dónde está?

-¿Cuál gato?, aquí no tenemos gatos, ni los vecinos, no he visto ninguno, ¡niña!, mira como estas sudada, estas empapada, ¿quién cerró la ventana?, casi te asfixias aquí encerrada en tu cuarto –le dijo su madre alarmada.

-Había un enorme gato negro afuera, la cerré para que no entrara.

-¡Calla!, debes estar viendo cosas, yo no he visto ni escuchado nada, ven, vamos a vestirme, no queremos llegar tarde.

Al llegar a la escuela ambas niñas, Maruja y Clementina se reunieron en el receso.

-Tengo que contarte algo amiga, me paso una cosa muy extraña anoche –le dijo Clementina aún con cierta palidez en su rostro.

-Dime, ¿qué te pasó?

-Verás, anoche, no sé si con tanta presión por un episodio en mi casa, estaba muy nerviosa, me acosté a dormir y me ocurrió algo muy extraño.

-¿Será que tuviste una pesadilla? –le preguntó Maruja.

-Eso es lo extraño, yo juraría que estaba despierta, todo comenzó con un gato que maullaba en la calle cerca de mi casa, cada vez se escuchaba más cerca.

-Aquí en Madrid hay gatos por todos lados, no tiene nada de extraño.

-Lo extraño es que cuando el gato se colocó en mi ventana, me dejó paralizada, no podía moverme, se que estaba despierta, pero por más esfuerzo que hice tratando de levantarme de la cama, no pude lograrlo –le comentaba Clementina visiblemente nerviosa.

-Eso es muy extraño, a mi no me ha pasado nunca.

-No vayas a pensar que estoy loca.

-¿Eso te ha pasado otras veces? –le preguntó Maruja.

-Otras veces no, la verdad es la primera vez y me asusté mucho.

-No te preocupes más por eso, seguro fue una pesadilla, yo a veces las tengo.

-¿Y cuáles has tenido tú?

-La más fea que he tenido es que me voy por un barranco, no sé porque, pero es horrible, esa sensación de vacío que tienes al caer, ¡uf!, no quiero ni acordarme, ese día me desperté gritando.

-Sí, debe ser que todos en alguna oportunidad tenemos una pesadilla –pensaba en voz alta Clementina, sin saber que dicha pesadilla le cambiaría la vida algún día.

Vivir en recesión.

La vida en Madrid después de la guerra no era nada fácil, a las carencias que dejó el conflicto en materia de producción y abastecimiento, se le unía la crisis social posterior, cada familia tenía su propio luto o tragedia, por una parte estaban los que perdieron algún familiar del bando sublevado que en este momento eran los del gobierno, y por otra estaban los del bando republicano, con sus familiares caídos en combate y desaparecidos, muchos continuaban presos después del conflicto.

Ya en esta etapa incipiente, en que a penas la sociedad se despertaba del horror vivido, comenzaba algo que podríamos llamar la “cacería de brujas”, por ponerle un nombre a las acciones que se impulsaron, apoyaron o simplemente se permitieron desde el alto gobierno. Dicen siempre los analistas, que la historia la escriben los vencedores, esta ocasión no fue muy distinta, si los llamados “socialistas” o “comunistas” quemaron libros en algunos casos muy lamentables, los recién llegados al poder, no perdieron tiempo en trabajar fuerte con el fin de eliminar de toda memoria lo que alguna vez dijo llamarse “Segunda Republica Española”.

Estas labores de borrado social de la izquierda, se hicieron sentir desde el principio a pesar que en los discursos del nuevo Jefe de Estado, llamaba a la conciliación nacional, sus subalternos diariamente perseguían a sus opositores, se los llevaban detenidos, los encarcelaban, los desaparecían y hasta algunos vecinos simpatizantes de la derecha, ayudaban aportando nombres a las autoridades que ejecutaban estas persecuciones, lógicamente, como siempre pasa, en alguna que otra ocasión, por rabia o venganza, daban el nombre de alguien que no querían ver más en el vecindario, fuese socialista o no, igual lo vendían como tal.

- ¡Mamá!, ¿qué haces? –le preguntó Maruja a Beatriz.
- Cosiéndole una falda a una de las vecinas, ¿no me ves?
- ¡Yo quiero coser!
- ¡Anda!, no me fastidies que estoy ocupada.
- Déjame ayudarte con algo, anda, déjame –insistía la niña.
- Vale, hagamos algo, ayúdame enhebrando esta aguja, toma el hilo, toma la tijera y la aguja, ¡cuidado te pinchas!
- Ya verás, esto es fácil.

La niña tomó en sus manos aquellos utensilios de costura y comenzó por estirar un tramo de hilo del carrete.

-No saques tanto, mira –le dijo Beatriz enseñándole el que tenía en sus manos-, este es el largo, un poco más.

-Yo quiero aprender a coser como tú y hacerme mis vestidos.

-Para eso te falta mucho, no pretendas correr si aún no sabes caminar, comienza por lo más simple, aprende a meter el hilo en la aguja.

-Listo mamá, aquí te la pongo –dijo Maruja colocando la aguja encima del sillón donde estaban sentadas.

-Cuidado niña, es muy peligroso dejar las agujas donde te sientas, si se te olvidan te puedes pinchar o peor aún, te pasa lo que le ocurrió a una vecina del pueblo en Asturias.

-¿Qué le pasó?

-Se puso a coser sentada en su cama, se le olvidó o se le calló una aguja del costurero y no se dio cuenta, en la noche se acostó a dormir y la aguja se le enterró, las agujas a diferencia de los alfileres –enseñándole ambos objetos en su mano- no tienen cabeza, ¿lo ves?, ella al día siguiente sintió que tenía algo enterrado y se acordó de la aguja, mira, casi se muere, la aguja ya le había recorrido parte de su cuerpo, al moverse ella dormida en la cama, la aguja se movía, dicen que las agujas siempre buscan el corazón, la de ella se la sacaron cerca de su pecho.

-¡Uf! Vaya historia, ¿Dónde la pongo?

-Aquí –señalándole una almohadilla- ellas cuando estas usándolas van colocadas allí, después que termines de coser, guardas todo, tijeras, agujas, hilos, botones, lo que hayas dejado de usar, en el costurero, el secreto de esto es ser ordenada.

En ese momento venía llegando Valentín de su entrevista en el ferrocarril.

-¿Cómo te fue en al ferrocarril? –le preguntó Beatriz.

-Bien, me entrevistaron y me dijeron que pasara la próxima

semana para darme respuesta, estos militares tienen el país hecho un desastre, no sé que podría ser peor, la guerra o ellos – comentó Valentín.

-¿Por qué dices eso? Mira mi primo Juanjo, le va muy bien, lo que debes hacer es que olvidarte de todas esas ideas raras que te metieron en la cabeza los republicanos y trabajar, nos hace mucha falta ese dinero.

-Claro, es lo que hago, pero en la entrevista me sacaron lo de las armas en el tren, tienen un expediente completo de todos los que tuvimos algo que ver con los republicanos y hasta me nombraron lo de la cárcel.

-Me parece algo lógico que se cuiden, ya está llegando el momento de poner orden en España, ya basta de tanta violencia le dijo Beatriz.

-Me preocupa que pasará con el terreno que nos dieron en Oviedo los republicanos, andan diciendo que nos van a quitar las tierras nuevamente.

-Ve preparándote para que el golpe no sea tan duro, fíjate lo que le pasó a la vecina, luego que se había divorciado de la bestia esa que tenía de marido, ahora echaron atrás lo de los divorcios y fíjate, así me parece que irá ocurriendo con todo lo que hayan hecho los republicanos.

-Y como siempre nosotros los más pobres salimos perjudicados, sin tierras y explotados por los que tienen el capital, trabajando como burros.

-Déjate de esas cosas, el que trabaja, gana dinero y sale adelante, lo que pasa es que tu no estuviste aquí con nosotras en la guerra, los aviones pasaban lanzando cajas con comida y los milicianos nos las quitaban de las manos para llevárselas y comérselas ellos, no les importaba si habían mujeres y niños, no tenían piedad con nadie –le dijo Beatriz con voz temblorosa, como quien aguanta un nudo en la garganta.

-Pues yo viví del otro lado, todos los días fusilaban a alguien en la cárcel donde estábamos y mira –enseñándole el dedo en una de sus manos- si Juanjo no se aparece, me arrancan los dedos y me fusilan.

-Tenemos claro que todos hemos pasado penurias en este país durante la guerra, ahora sólo nos ha quedado el hambre y los rencores, sería muy bueno que lográramos superar los malos